

...cusa le sorprendió la muerte, al cabo de sesenta años, diez meses y diez y ocho días de pontificado, durante los cuales hizo dos ordenaciones, creó ochenta y un obispos, diez y seis arzobispos y seis presbíteros y diez y seis diáconos. A él se atribuyen los capítulos para las horas canónicas y el haber dispuesto que las palabras de la consagración se dijese en voz baja. Fue transportado a Roma, fué sepultado en la iglesia de San Marcelino y pasado luego á la Basilica de San Pedro.

Excelente por todos conceptos fué el papa Pelagio I, romano, hijo de Juan, de la familia de los Vicenenti, diácono y apocrisario de los papas Anacleto, Esteban y Vigilio, conde del emperador Justiniano. Murió al sufrir por causa de los que combatían la condenación de los tres capítulos, al principio de su pontificado. Fué elegido papa por los obispos de Italia y de Sicilia. En el primer concilio de Otranto, consagrado por el papa, se decretó la elevación de su pontificado y se le atribuyó el haber reconciliado al mundo. En el concilio de Otranto se decretó la confirmación de la condena de los tres capítulos y se confirmó el quinto concilio ecuménico. Procuró que se restableciese la concordia entre los obispos occidentales y que los africanos, los ilirios y los italianos condenasen los tres capítulos; defendió con una profesión de fe y de fección sus ideas contra los que injustamente le acusaban de haberse alzado contra Vigilio y se atrevían á poner en duda su pontificado. Hizo anatematizar á cuantos se apartaban de sus doctrinas. En el concilio de San Leon y del concilio de Chalcedonia, y en dos sínodos, creó enarenta y nueve obispos, veintidós arzobispos, diez y siete y nueve diáconos.

Después de haberse quejado de haberse obligado á los eclesiásticos á recitar el Oficio de San Leon, fué sucedido por Pelagio II bajo pena de excomulgación. En el año 560 se celebrase después de nona la misa en la iglesia de San Pedro de su inscripción sepulcral, murió la misma noche de febrero del año 560 y el 4 de marzo fué sepultado en el Vaticano. Pontífice magnánimo virtuoso siempre, su virtud apoyó la verdad y pagó con beneficios



las ofensas. Antes de ser pontífice había reprobado algunas doctrinas que no pocos atribuyeron falsamente á Orígenes, y había sufrido mucho, en union de Vigilio, á quien prodigó toda clase de consuelos y de solitudes, en vez de ocasionarle amarguras y acelerar su muerte como algunos soñaron. Para contener y destruir el cisma, valiése Pelagio de las disposiciones de Justiniano y de Narsés en lo cual, como observa el conde de Beaufort, procedió en justicia, pues así lo pedían las condiciones de las cosas y de los tiempos, las dificultades que por todas partes embarazaban el ejercicio de la autoridad espiritual, la audacia con que surgía el error, el ardimiento del cisma que perturbaba la misma sociedad civil, y el saberse que, en aquellos días, los mismos cismáticos reconocían la jurisdicción del pontífice y su derecho á hacer un llamamiento al brazo secular.

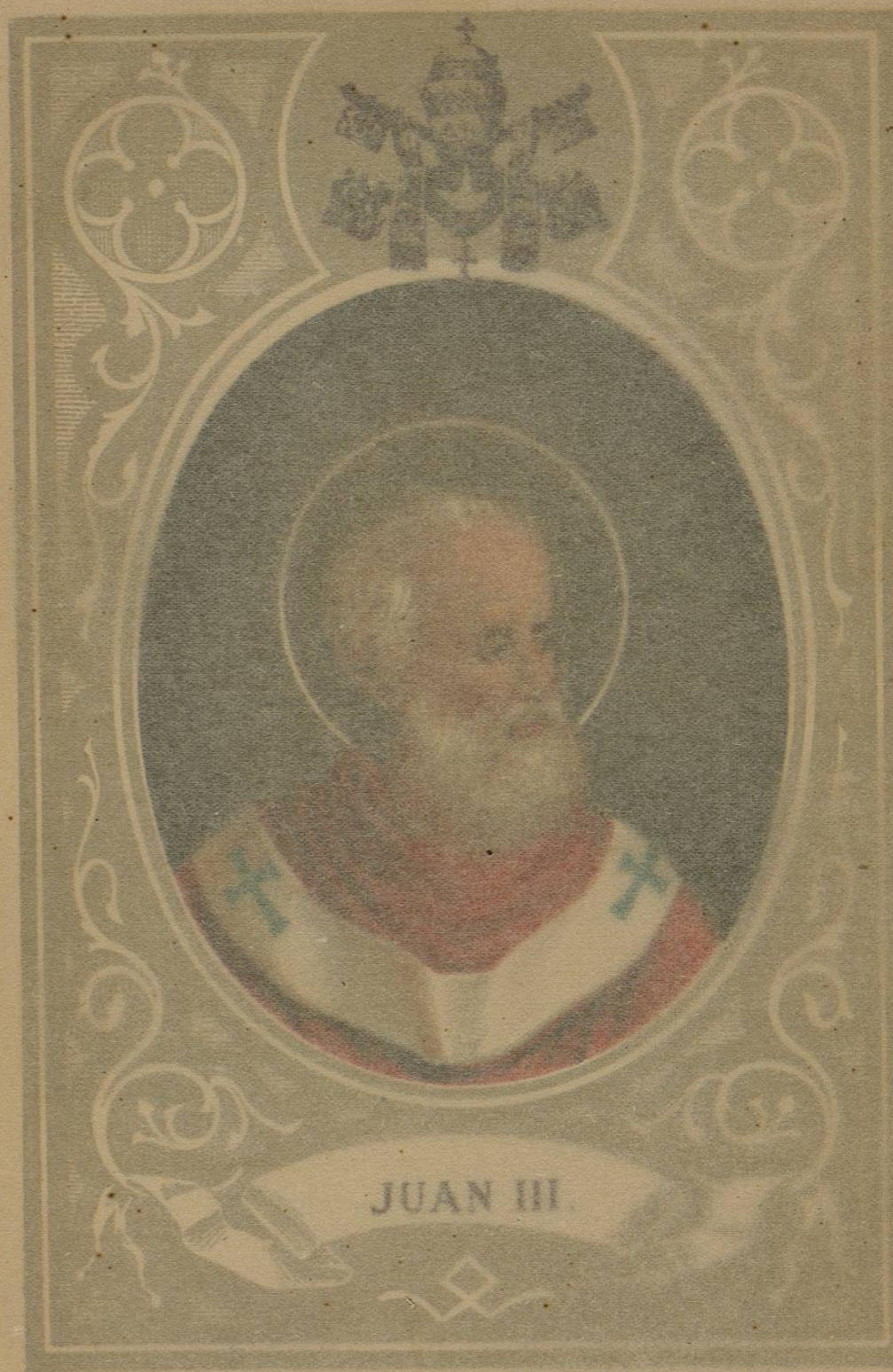
Procopio llama á Pelagio muy querido del César, reputadísimo entre todos los italianos por su probidad, y glorioso por su munificencia y benevolencia con el prójimo. Y por mas que le acuse el biógrafo Anastasiano, recogiendo con falta de sentido crítico las calumnias de sus enemigos y de los africanos, es lo cierto que Pelagio I, defendió siempre maravillosamente los derechos de la Sede romana, que honró y repuso en la basilica de San Lorenzo las reliquias de San Estéban proto-martir, que ejercitó en Roma numerosos actos de caridad y dió principio á la basilica de los Santos Apóstoles, que castigó el orgullo de Teodorico, patriarca de Alejandría, y que escribiendo á Childeberto, glorificó la fé romana y católica, recomendándole la proteccion de los cánones y de los grados gerarquicos y diciéndole: *Quia, quod bene cognitum est religiosæ menti vestræ, non aliter Deo nostro recte potest regalis devotio famulari, nisi providentia ejus ecclesiasticorum ordinum servetur integritas.* Las excelsas virtudes de Pelagio I, están consignadas en la siguiente inscripcion:

*Terrenum corpus claudant hæc forte sepulchra
Nil sancti meritis derogatura viris.
Vivit in arce poli cœlesti luce beatus,
Vivit et hic cunctis per pia facta locis:
Surgere iudicio certus dextramque tenere*

*Angelica partem se rapiante manú.
 Virtutum numeret titulos Ecclesia Dei,
 Quos ventura velut sæcula ferre queant.
 Rector apostolicæ fidei veneranda retexit
 Dogmate, quæ clari constituere Patres;
 Eloquio curans errorum schismate lapsos
 Ut veram teneant corda placata fidem.
 Sacravit multis divina lege ministros
 Nil pretio faciens immaculata manus:
 Captivos redimens, miseris succurrere promptus,
 Pauperibus nunquam parte negare sibi.
 Justicia participans læti moderatur opimus
 Alterius gemitus credidit esse suos.*

La anterior inscripcion que celebra las glorias de Pelagio I, parece anunciar las de su sucesor Juan III, hijo de Anastasio, noble romano, y que elegido el 18 de Julio del año 560, dió inmediatamente los mas claros indicios de su solitud por toda la cristiandad. Confirmó y defendió con admirable firmeza el quinto concilio general; terminó la basílica de los santos apóstoles, la consagró el día de San Felipe y Santiago, la señaló los limites parroquiales y dió con este motivo muestras espléndidas de su munificencia, emuladas luego por sus sucesores hasta la misma santidad de Leon XIII. En virtud de haber acudido en apelacion á él, juzgó á Sagitario, obispo de Ambrun y á Salonio, que lo era de Gap, depuestos por el Concilio II de Lion. Atribuyese por muchos á Juan III una disposicion en cuya virtud los usurpadores de los bienes eclesiásticos debian restituir el cuádruplo de lo usurpado. En dos ordenaciones del mes de diciembre, creó sesenta y un obispos, treinta y ocho presbíteros y trece diáconos, y acompañado por los elogios de sus contemporáneos repetidos luego por multitud de escritores, subió al cielo el 13 de julio del 573.

En su tiempo fué cuando los longobardos, conducidos por Alboino, traspusieron los Alpes é invadieron la Italia, y como quiera que era pueblo arriano y de costumbres feroces, el pontífice adoptó toda clase de medidas para que no padeciese detrimento la verdadera fé, y los perseguidos tuvieran amparo, pues al sensi-



*Angelicis patris se rapiente manu,
 Virtutum memoret titulus Ecclesie Dei,
 Quis ventura vota sacra ferte quocant.
 Rector apostolica fidei veneranda retextit
 Dogmate, quos clari constituere Patres;
 Eloquio curans errorum schismate lapsos
 Ut veram teneant corda placata fidem.
 Sacrauit multis divina lege ministros
 Nil pretio faciens immaculata manus:
 Captivos redimens, miseris succurrere promptus,
 Pauperibus nunquam parte negare sibi.
 Justicia participans læti moderatur opimus
 Alterius gemitus credidit esse suos.*

La anterior inscripcion que celebra las glorias de Pelágio I, parece anunciar las de su sucesor Juan III, hijo de Anastasio, no-
 me romano, y que elegido el 18 de Julio del año 560, dió inme-
 diatamente los mas claros indicios de su solicitud por toda la cris-
 tianidad. Confirmó y defendió con admirable firmeza el quinto
 concilio general; terminó la basilica de los santos apóstoles, la
 consagró el dia de San Felipe y Santiago, la señaló los limites
 parroquiales y dió con este motivo muestras espléndidas de su
 munificencia, emuladas luego por sus sucesores hasta la misma
 santidad de Leon XIII. En virtud de haber acudido en apelacion
 á él, juzgó á Sagitario, obispo de Ambrun y á Salonio, que lo
 era de Gap, depuestos por el Concilio II de Ljon. Atribuyese
 por muchos á Juan III una disposicion en cuya virtud los usurpa-
 dores de los bienes eclesiásticos debian restituir el cuádruplo de lo
 usurpado: En sus ordenaciones del mes de diciembre, creó sesenta
 y un obispos, treinta y ocho presbíteros y trece diáconos, y acom-
 pañado por los elegidos de sus contemporáneos repetidos luego por
 multitud de escritores, subió al cielo el 13 de julio del 573.

En su tiempo fue cuando los langobardos, conducidos por Al-
 boino, traspusieron los Alpes e invadieron la Italia, y como quie-
 ra que era pueblo arriano y de costumbres feroces, el pontífice
 adoptó toda clase de medidas para que no padeciese detrimento
 la verdadera fé, y los perseguidos buscaran amparo, pues al sensi-



ble corazón de Juan III apenas la consideración del espectáculo que ofrecían las familias arrojadas de sus hogares por aquellas hordas y que, luego de ver destruidas sus casas y de ser despojadas de sus bienes, veíanse precisadas á vagar por los campos sin ropas ni alimento y expuestas además á los brutales caprichos del vencedor. De aquí que, como del Oriente no venía socorro alguno, el papa, verdadero padre de los fieles, hizo verdaderos prodigios de munificencia y caridad para reparar tantos daños y auxiliara tantos infelices, sobre todo, cuando los longobardos meditaban poner sitio á la misma Roma. Gloria y grande será de Juan III haber endulzado las funestas consecuencias que con tal motivo cayeron sobre Italia; por los errores y delitos de la avara corte de Constantinopla.

No tardó mucho esta en recibir el castigo, pues contra ella se levantaron los persas en el Oriente, mientras del septentrion bajaba la nueva multitud de bárbaros, compuesta de escandinavos, sajones, sármatas, búlgaros, pannonios, carpios, bávaros y gépidos, llamada segun afirman algunos, sin pruebas bastantes, por Narsés, indignado contra Justino II y la emperatriz Sofia. Lo cierto es que cuando Narsés salió de Roma y, enfurecido por las acusaciones y los insultos que se le dirigian desde Oriente, salió á Nápoles con ánimo de volver á Constantinopla, el pontífice Juan III salió en su busca, le consoló, volvió á conducirlo á Roma, viendo en él un hombre ilustre injustamente calumniado y que, sin embargo, era el único que con su espada y su talento, podia enfrenar á los longobardos, y que en 568, Narsés moria del dolor que le produjeron las injusticias de que era víctima, mientras los bárbaros invadían una vez mas el Occidente.

Los griegos quedaban castigados y los papas aumentaban siempre en grandeza, como hace observar Balbo, pues á ellos, como salvadores, se dirigian todas las miradas y todos los pensamientos en medio de tanta desolación. Muerto Narsés, el papa, despues de haber llamado inútilmente en su auxilio al emperador, llamaba á sí á los romanos y á los demás italianos que, de todas partes, huían á Roma, y con sus actos y con su munificencia hacia aparecer las primeras señales de la soberanía pontificia. Y aun añadió á todas las que quedan indicadas, una nueva gloria, cortando el cisma

que, desde Aquileya, se habia estendido á Venecia y tenia por causa la oposicion á las decisiones del quinto concilio general, al cual exigió que manifestasen aceptacion esplicita cuantos eran designados para el episcopado. Por esto se la entregó Lorenzo, elegido obispo de Milan, suscrita en Roma por los principales y por el pretor urbano que, á la sazón, lo era San Gregorio.

El inmortal testimonio de la Historia manifiesta todo cuanto los papas han realizado en bien de la humanidad, acogiendo bajo su proteccion, para remediarlas, toda suerte de desventuras. Y la misma Historia coloca entre aquellos insignes bienhechores á Benedicto I, romano, que, entre las perturbaciones que agitaban á la sazón la sociedad, brilló como un astro de paz y de consuelo. Aunque, por consecuencia de lo azaroso de los tiempos, son pocas las noticias que de él nos quedan, resultan suficientes para dar fé de su solicitud en poner término á las discordias á los estragos y á la barbarie de la época. Era Benedicto I hijo de Bonifacio, y desde la muerte de su antecesor hasta su eleccion pasaron algunos meses, por causa de las turbulencias que los longobardos ocasionaban en Italia y por las injustas pretensiones de la corte bizantina; pero el 3 de junio del año 574 pudo al fin verificarse dicha eleccion y los sufragios de los congregados aclamaron al nuevo pontífice elevándole á la Cátedra Apostólica. Apresuróse tambien, como sus antecesores, á confirmar los acuerdos tomados en el quinto concilio general, y atendiendo con solicitud á las necesidades espirituales de los fieles, enmedio de las desolaciones de aquella época, creó en una ordenacion del mes de diciembre, veintiun obispos, quince presbíteros y tres diáconos. Como si previese el bien que de ello habia de resultar á la Iglesia, Benedicto I concedió alta dignidad en ella á Gregorio, que fué luego uno de los mas grandes pontífices.

Mientras los longobardos llevaban sus excursiones hasta las mismas puertas de Roma y oprimian gran parte de Italia, Benedicto era para toda la península eficaz defensor y á él imploraban socorro todos los infelices. Su caridad resplandeció de un modo dulcísimo cuando una cruel hambre, ocasionada por las desgracias de la guerra, asoló todas aquellas comarcas. Y no fué esto solo. Los templos se veian espoliados, los hombres del pueblo, has-

